

Violencia política y narrativa en el Perú de los años ochenta

JORGE EDUARDO BENAVIDES

Escritor

RESUMEN

La década de los ochenta significó para Perú su reestreno democrático, luego de más de una década de dictadura militar. Junto con la democracia llegó el terrorismo y el resquebrajamiento no sólo de las instituciones civiles sino de la propia confianza en el futuro. La literatura nacional, tradicionalmente atenta a la política, también experimentó radicales cambios, configurando así un nuevo panorama cuya trayectoria aún resulta titubeante.

ABSTRACT

The eighties meant for Peru its democratic reestablishment, after more than a decade of military government. With the democracy came the terrorism and the breaking off not only the civil institutions but also the self confidence in the future. The national literature, traditionally related to politics, also experimented radical changes, making up a new scenario with a hesitating tendency.

I

A fines de noviembre de 1991, cuando Alberto Fujimori llevaba poco más de un año como presidente, luego de unas elecciones cuyos resultados sorprendieron a muchos, llegué a Tenerife, uno de los lugares más turísticos y bellos de España. Su singularidad radica, además de ser el paraíso de los tour operadores de medio mundo, en situarse siempre a caballo entre Hispanoamérica y la España peninsular, lo que ha creado en los isleños una personalidad algo esquizofrénica de afectos y suspicacias donde es más generosa y amable la relación con la primera que con la segunda.

Además, los canarios tienen una dicción lenta y cantarina, llena de dulzuras sudamericanas, al igual que muchos de los términos que emplean, como *guagua* o *crayón* o *gaveta*, mejor comprendidos en Hispanoamérica que en la península ibérica. Han tenido siempre una relación especial con Cuba y sobre todo con Venezuela —conocida allí como *La octava isla*—, a la que muchos de sus periódicos dedican una página completa y diaria. Todo aquello hacía que para mí Tenerife fuera realmente una isla no sólo amable, bonita y turística, sino algo así como un enclave sudamericano a dos horas de vuelo del continente europeo. Por un momento resultaba fácil ensoñar: Tenerife era como hubieran sido nuestros países americanos de no haber tenido la turbulenta historia de corrupción y gobiernos nefastos que hemos sufrido siglo tras siglo. Casi un *wishful thinking* que pronto me obligaría a mirar mi país desde un ángulo distinto, acosado por los fantasmas del casi, del si hubiera sido.

Como decía, yo acababa de dejar el Perú hecho pedazos que heredó Fujimori del gobierno anterior, el APRA de Alan García. Más que un país, aquello era un naufragio, un montón de maderas y detritus flotando a la deriva en un océano de escepticismo y desesperanza. Desde aquella isla sosegada donde prácticamente empecé a escribir *Los Años inútiles* —mi primera novela—, resultaba sorprendente leer las escasas noticias que llegaban de Perú o ver los fugaces minutos que le dedicaban las cadenas de televisión; quizá un poco más desde que, a los meses de yo llegar a la isla, en abril de 1992, Fujimori sorpresivamente inauguró con un autogolpe la serie de abyecciones, atropellos y cobardías que caracterizaron su mandato, uno de los de más triste recuerdo en la historia republicana de mi país.

La situación en Perú, durante los cinco años de gobierno de Alan García (1985-1990), había sido espantosa: la hiperinflación en un país que regresaba a la democracia luego de once años de dictadura militar, había empezado con el centro derechista gobierno anterior, de Fernando Belaúnde Terry: al finalizar el mandato de éste llegó casi hasta el 120 por 100. También con aquel gobierno empezaron las primeras acciones de Sendero Luminoso, que con el tiempo significarían para mi país más de veintidós mil muertos, según las cifras oficiales de hace unos años y una escalofriante corrección actual de dicho número, que elevaría las víctimas de aquella década sangrienta hasta los sesenta mil muertos.

Se trataba no obstante, en aquellos primeros años de la década de los ochenta, antes de que ocurriera todo esto que acabo de contar, de un país que navegaba esperanzado hacia la consolidación de la democracia. Habíamos tenido once años de dictadura militar y el gobierno de FBT reavivó la alicaída esperanza de que nuestro país podría ver la luz al final de ese largo túnel de izquierdismo castrense que caracterizó a una de las dictaduras más estrambóticas que ha conocido Sudamérica.

Pues bien, acabado el gobierno de Belaúnde Terry, que funcionó con altibajos y críticas muy duras para una labor de transición democrática, el siguiente gobierno, el de Alan García, pulverizó esas esperanzas unas vez ganadas las elecciones de 1985, y su mandato demagógico, errático y nefasto elevó la hiperinflación hasta cerca del 7000 por 100, hizo astillas el incipiente tejido empresarial, alentó el nepotismo y la corrupción, desapareció la clase media del país, y nos aisló de la comunidad internacional al negarse a pagar la deuda externa, haciendo flamear la bandera del nacionalismo y azuzando los demonios de la conspiración internacional de los ricos, lanzando así al país hacia una peligrosa espiral de patriotismo exaltado y vocinglero.

Por si fuera poco, Sendero Luminoso y posteriormente el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru –facción guerrillera escindida del ala de la izquierda radical aprista– como las oscuras flores crecidas en ese jardín de desdichas e incertidumbre, hicieron eclosión y alfombraron Perú de cadáveres, de destrucción y de una terrible sangría económica que dejó exhausto al país al finalizar el gobierno de Alan García.

II

Visto desde el apacible rincón atlántico donde los vientos alisios mecen la isla de Tenerife –una de las míticas *Afortunadas* de la antigüedad clásica– yo empezaba a mirar aquello, mientras batallaba con esa primera novela, estremecido de estupefacción y horror. ¿Cómo era posible que allí hubiese vivido todos aquellos años? ¿Cómo era posible que en aquel país, mi país, se viviera como se vivía, entre la corrupción, la muerte y la desesperanza, entre aquellos abismos sociales? No es que no lo supiera, pero las preguntas que me formulaban estaban despojadas de cualquier frivolidad meramente retórica: simplemente ocurría que la perspectiva ganada desde aquella isla calma

y bondadosa, me ofrecía agudizada la situación a la que muchos peruanos —entre ellos yo mismo— habíamos acabado por aceptar como cotidiana.

Los diarios cortes de fluido eléctrico, las mensuales, semanales y hasta diarias subidas de los precios, las arengas patrioteras desde el balcón presidencial que lanzaba sorpresivamente Alan García ante una turbamulta vocinglera, la cotización diaria de un dólar que se había convertido, para todos los efectos, en nuestra moneda oficiosa —y que hizo desaparecer los ahorros de miles de peruanos en una versión anticipada del *corralito* argentino de hace poco—, las bombas que cada tanto estallaban en la capital, los titulares casi diarios en los que se informaba de la muerte de diez, veinte u ochenta soldados en un nuevo enfrentamiento contra Sendero Luminoso en la —para un limeño— lejanísima sierra de Perú, las huelgas constantes de médicos, funcionarios, maestros, enfermeras, trabajadores en fin, de todos los campos, que formaron durante años un paisaje violento erizado de pancartas, de carreras y consignas, de calles colapsadas, de turbios humos lacrimógenos lanzados por la policía en cada enfrentamiento con los huelguistas; el desempleo pertinaz, como un insomnio rencoroso y aleve en las pupilas de la gente; los miles de taxis que recorrían empecinadamente las calles de Lima, pues todo aquel que tenía un coche particular, fuera abogado, médico, catedrático de Filología o físico nuclear, se dedicaba a hacer taxi para redondear los magros ingresos; las larguísimas colas frente a los mercados donde el empecinamiento populista del gobierno se obstinaba en repartir equitativamente la escasez de productos básicos; nuestra rutina, en fin, desde el alba hasta el anochecer —sobre todo cuando además tuvimos que vivir a partir de las diez de la noche bajo el temible toque de queda impuesto por el gobierno en un intento por frenar el terrorismo rampante—, se convirtió en un aberrante *modus vivendi*, a tal punto que resultaba imposible no encontrar, por paradójico que pueda parecer después de todo lo dicho, un pequeño espacio para la felicidad, para la evasión, para lanzarse a hacer algo tan frívolo como, por ejemplo, dedicarse a escribir, a hacer literatura.

III

Recordado desde Tenerife, con apenas un año de gobierno de Alberto Fujimori, mientras me tomaba un café frente a los cruceros que recalaban en el puerto, lleno de turistas satisfechos y nativos afables,

aquello parecía de lunáticos, de gentes completamente escapadas de la órbita de lo real. Más aún me lo parecía el mero hecho de escribir, como era mi caso. Pero al fin y al cabo, aquella primera novela que estaba escribiendo contaba precisamente todo eso. «En caliente», digamos, yo quería escribir una novela que funcionara como un escalpelo, que contara de arriba abajo, desde la clase alta, desde el poder, hasta las clases paupérrimas limeñas, cómo nos había afectado aquel gobierno de Alan García que además dejó paso a la cleptocracia de Fujimori... y que fue todavía mucho peor, cuando a principios de febrero de 1992 el ingeniero de origen japonés cerró el Congreso y dio inicio a un gobierno gangsteril y corrupto que dejaba a Alan García y su prolífico equipo de incompetentes como una parvada de cándidos *boys scouts*.

Pues bien, yo escribía aquella historia llena de personajes como supongo que hace todo aquel que quiere escribir un cuento o una novela: no porque quisiera *denunciar* nada, en el sentido político, cívico o ético de la palabra, sino porque me resultaba imposible sustraerme a aquella historia, a aquella realidad que tan hondamente me tocó, como lo hizo con toda una generación de peruanos.

Creo que recién fui consciente de que se trataba de una novela decididamente política cuando en las entrevistas y ruedas de prensa —una vez publicada, seis años después de haberla terminado— me veía a mí mismo hablando de *Los años inútiles* y sonaba más como un político en campaña que como un escritor. Incluso tuve que rescatar desde el fondo de mis recuerdos de lecturas el término «política ficción» (así, con sintaxis medio inglesa) porque era necesario explicar que al fin y al cabo se trataba de una ficción, de una superchería, de una historia ambientada en un lugar y una época, con situaciones e incluso personajes que rozaban la realidad, pero que resultaban independientes de la misma.

Sin embargo, no era yo el primero —naturalmente— ni sería el último en escribir ficción sobre aquella época tan áspera. Sin necesidad de remontarnos a los lejanos años del *Boom*, cuando las novelas eran todas aureoladas por una pátina de denuncia social y política, en aquel Perú de la década de los ochenta, inaugurada por la aparición simultánea de la democracia y del terrorismo, colapsada durante el gobierno siguiente, el de Alan García, y llevada hasta una nueva dé-

cada de corrupción y gangsterismo político que abrió Fujimori, en esos turbulentos diez años, digo, se fue gestando una nueva forma de encarar la literatura en el país.

IV

Por un lado, los escritores jóvenes vivían entre el deslumbramiento y el agotamiento de las formas narrativas de sus mayores, nuestros emblemáticos escritores del *Boom*, y en Perú, aparte de Vargas Llosa, Bryce Echenique, y en menor medida Julio Ramón Ribeyro y Manuel Scorza, no teníamos más que escritores locales de escasa o nula proyección internacional, algunos de ellos muy buenos, que iban consolidando una trayectoria que el tiempo ha ido colocando en su lugar, como Eduardo González Viaña, otros mediocres y otros malos, pero que venían de una época distinta, trufada desde el exterior por la tramontana de la utopía izquierdista y las grandes reivindicaciones ideológicas; del mayo del sesenta y ocho y el mesianismo de Fidel Castro y esa cosa extravagante que se dio en llamar la Organización de los Países No Alineados, y que no era nada más que la retórica maximalista de quienes querían camuflar sus relaciones con el capitalismo y el comunismo al mismo tiempo.

Desde el interior, nuestros escritores e intelectuales fueron engatusados —en el mejor de los casos; en la mayoría simplemente comprados— por la dictadura populista de Juan Velasco Alvarado, un militar correoso y astuto, que tomó el poder en 1968 y lo mantuvo hasta que en 1975 *lo renunciaron* los propios militares capitaneados por quien hasta entonces era su Primer Ministro, el General Francisco Morales Bermúdez. Velasco se granjeó adeptos entre los intelectuales mediante el ignominioso método de las prebendas, las designaciones de vagos cargos culturales, consejerías, embajadas y consulados en capitales sudamericanas y europeas, direcciones de entidades gubernamentales y medios de comunicación, periódicos y revistas toscamente expropiados con el sustento jurídico debidamente proporcionado por esos mismos intelectuales.

Hasta ese momento la literatura en Perú, como ocurría en casi todos los países hispanoamericanos, era una actividad satelital a la que se dedicaban algunos locos y soñadores, muchos de los cuales han escrito las más brillantes páginas de nuestras novelas, cuentos y poemas. Pero era una actividad mínima, complementaria y casi clandestina.

tina, destinada al circuito ínfimo de lectores que resultaban casi tan heroicos como los propios escritores. Sin embargo aportaron material suficiente de literatura de calidad como para que aún hoy estudie- mos y –sobre todo– disfrutemos de sus creaciones. No creo que se pueda decir lo mismo respecto a lo que ocurrió en los años setenta con nuestra literatura.

Creo que una de las claves de que aquellas novelas y cuentos, aque- lla literatura en general, no tuviera demasiados vuelos –salvo honro- sísimas excepciones–, se puede encontrar en el hecho de que muchos de estos escritores habían sucumbido al panfleto ganados por el sig- no de sus tiempos (los factores externos e internos que mencioné pá- rrafos arriba), de tal manera que se encontraban entrampados por deudas políticas o más simplemente, habían confundido su vocación, a la que encararon con pereza y sin motivaciones. Pese a ello, la litera- tura de Perú ya se encontraba altamente politizada, sobre todo en las páginas de los escritores más jóvenes de aquella generación. Aquella fue la época de la literatura politizada y no de la literatura política.

Era pues una literatura reivindicativa y contaminada de ripio ideo- lógico, como si sus escritores no hubieran sabido desbrozar la maleza de lo panfletario que tanto enturbia el camino de la literatura a secas, buena o mala, pero literatura.

V

En la década siguiente, sin embargo, y como explica Mark Cox, en su estupendo ensayo «El Perú: su narrativa y la violencia política desde 1980. *El cuento en los años de la violencia*»¹, algo iba cambiando. Ex- plica Cox: «Con excepciones notables, los escritores más jóvenes, na- cidos después de la Segunda Guerra Mundial, son quienes primero tra- tan el tema de la violencia política en su producción narrativa. La edad promedio de estos escritores en 1980, al comienzo de la guerra, era de 29 años, y el promedio cuando publicaron una primera obra sobre la violencia política era de 39 años. También se nota la ausen- cia de un gran número de escritores mayores y ya consagrados que aún no han publicado nada sobre el tema».

Recordemos que mientras estos escritores batallaban además contra un medio editorial deprimido y escaso, el panorama político y social de Perú estaba transformándose entre cataclismos económicos y el

estrépito de las bombas que un día sí y otro también ponía Sendero Luminoso en su avance hacia ese mundo de pesadilla que soñaban construir en Perú, un mundo que parecía un inmenso *Gulag*, lleno del cemento gris estalinista y las flameantes banderas y monumentos que nos recuerdan a Corea del Norte o a la Albania de Enver Hoxa. ¿Cómo sustraerse a ese horizonte inmediato? Creo que los escritores reflejaron los miedos y las cautelas, la desesperanza y la violencia que nos acechaba en esos días porque no había ni tiempo ni ganas de mirar más allá.

La magnífica antología que reseña Cox refleja que la generación que abordó con mayor prolijidad aquel tema fue la de los escritores nacidos entre 1944 y 1961. Según el estudio de Cox, estos narradores constituyen el 34 por 100 de todos los escritores que han publicado ficción narrativa sobre la violencia política. Las cifras aportadas son elocuentes: aquella producción constituye el 48 por 100 de los cuentos y el 29 por 100 de las novelas escritas en esos años.

Pero algo más cambió en aquella década. Fue Abraham Valdelomar, un soberbio —en todo el sentido de la palabra— escritor de principios del siglo XX que dijo aquello de que Perú era Lima, Lima el jirón de la Unión, el jirón de la Unión el *Palais Concert*, y el *Palais Concert* él, para demostrar la pequeñez y el provincianismo del país, y esa frase llena de pedantería y desenfado podría describir una parábola y modificarse un poco para explicar hasta qué punto Perú es un país centralizado, como una estrella densa y colapsada en su núcleo: la literatura peruana transcurre en Lima, y la literatura limeña transcurre en Miraflores, el coqueto distrito de clase media donde se han ambientado tantas novelas y cuentos. Y eso precisamente fue lo que cambió durante la época de la violencia terrorista y la corrupción del Estado.

Esto se debió, afirma Cox, al creciente interés por lo que ocurría en nuestra sierra, encapsulada casi en otro tiempo respecto a Lima y a las dos o tres ciudades que en Perú pueden tomar con propiedad ese nombre; gracias también a los concursos literarios de prestigio y al riesgo de algunas pequeñas y casi heroicas editoriales que decidieron apostar por esta nueva literatura de sesgo político y andino, creada fuera de la capital. Esta situación configuraba un cuadro literario que desplazaba paulatinamente su centro de atención hacia el sur y el

centro del país, precisamente allí donde más atacaba el terrorismo y menos se advertía la presencia del Estado. Cito nuevamente: «se puede llegar a la conclusión que los del sur y del centro del país han dedicado más de sus producción narrativa a la violencia política que los del norte o los de Lima y Callao».

Una nueva casta de escritores que ya no escribían sólo de Lima o desde Lima y mucho menos sobre Miraflores o desde Miraflores: escritores surgidos como el imperativo de tiempos acaso más terribles y surgidos de las regiones más castigadas del país empezaba a publicar, a ser conocidos, a ser leídos y reseñados sus novelas y sus cuentos donde latía la presencia terrorista, la violencia brutal y la ignominia del Estado, por otra parte, un tema prácticamente omnipresente en la literatura peruana, como apunta Maruja Barrig en su interesantísimo estudio «La ley es la ley: la justicia en la literatura peruana».

CODA

No sé si realmente ha cambiado nuestra literatura, al menos en lo esencial. No sé si sólo se trata de otra vuelta de tuerca a la brutalidad de la vida en un país que vive permanentemente en su hora cero; quizá el tiempo nos haga ver que sólo ha cambiado el decorado de siempre, que únicamente hemos añadido en la arisca historia de nuestra literatura un capítulo un poco más sombrío y violento y del que la generación siguiente, la de escritores como Iván Thays o Santiago Roncagliolo, empieza también a rebelarse, impelida por la globalización y el hartazgo de tanta queja patria.

Pero de lo que sí estoy seguro es de que resulta imposible sustraerse al influjo de los tiempos, sobre todo cuando éstos corren difíciles y hacen tambalear nuestras vidas, cuando la rutina diaria se revela como la delicadísima nervadura de una hoja susceptible de ser desbaratada por un golpe de viento: no creo que muchos de los escritores que se fraguaron en el campo de batalla de los años ochenta fueran del todo conscientes de que uno a uno estaban apilando los ladrillos de esa edificación testimonial de un tiempo de horror: creo simplemente que fueron asfixiados por la odiosa certidumbre de lo que vivían.

Tengo la sospecha más bien de que en rigor nadie elige la infelicidad ni la opacidad para escribir sobre ella; más bien somos un poco

elegidos por ellas cuando nos tocan en suerte. Pero en definitiva, una novela es una propuesta de viaje que le hace el escritor al lector: viajar juntos para explicarse el mundo, para formular en voz alta las preguntas que nos atrevemos a plantearnos, y en esa intimidad gozosa que buscamos como un refugio cuando nos enfrascamos en la lectura de una ficción podemos encontrar parte de nosotros mismos, señales y advertencias, sobre todo cuando nos creemos a salvo, desde esta orilla cercana del tiempo donde transcurre nuestro presente lector, donde nada malo parece acechar y leer se convierte así en una tibia redoma de placidez.

Imagino que nada peor le puede ocurrir a la literatura que subordinarse a las exigencias de otros imperativos y sin embargo todo parece influenciarla. Quizá por eso la literatura peruana de aquellos años –la buena literatura de aquellos años– tiene esa belleza crepuscular y sombría que nos recuerda a la de un retablo cuzqueño. •

NOTA

1. Ed. San Marcos. Lima, 2000.